ÍNDICE

Prólogo	13
Prefacio	15
POEMAS QUE EL CONFINAMIENTO NO DESVANECIÓ	17
1- Casi con forma de mujer	19
2- Coincidencias	20
3- Como brillo de verano	22
4- Con amor singular	23
5- Conjugaciones del todo.....	24
6- Constelación de lunares	26
7- Corazón obstinado.....	27
8- Creación	29
9- Cuando duele el alma	31
10- De ambrosías desesperadas.....	33
11- Desahogo.....	35
12- Debí comprender	37
13- En vano.....	39
14- Escrito a dos manos	41
15- Fragmentos de ti	43
16- Grietas del corazón.....	45
17- Guerrera de mariposas.....	47
18- Himno de ausencias	49
19- In memoriam	51
20- Inventaré un rinconcito.....	53

21- La nostalgia, en su esencia.....	55
22- Lienzos dulces de atardecer	57
23- Negaciones de Descartes	59
24- No hubo un día	61
25- Nubes de verano	63
26- Oda a la poesía	65
27- Odio de amarte.....	67
28- Ojos de mar.....	69
29- Oración de amor	71
30- Pacto de amanecer	73
31- Palabras asfixiadas.....	75
32- Por los valientes	77
33- Primera conexión	79
34- Prometo no devolverte la boca.....	81
35- Que mueran las utopías	83
36- Quiero ser.....	85
37- Reclamo de la musa	87
38- Redenciones.....	89
39- Regalo de luna.....	91
40- Reminiscencias	93
41- Rescátame del olvido.....	94
42- Retrato en mi pared	96
43- Sentidos.....	97
44- Simulaciones.....	99
45- Sonrisa sin antónimo	101
46- Sueño frente al mar.....	103

47- Te pintaré	105
48- Todo lo que quieras	107
49- Todos mis suspiros	109
50- Todos tienen lugar	111
51- Tu y yo.....	113
52- Un lunar	115
53- Un poco más	117
54- Una canción de invierno	119
55- Vaivén de nostalgias.....	121
56- Vísteme de tu perfume.....	123
57- Volver al pueblo.....	125
58- Vueltas de despertar.....	127
59- ¿Y si nos amamos?	129
60- Y voluntariamente... ..	131
UN MICRORRELATO	133
Corazón culpable	135

PRÓLOGO

Cuando Alberto Redondo Salas me invitó a prologar *Atardeceres que el confinamiento no desvaneció*, no lo dudé un segundo. Sobre todo, después de leer el texto y de comprobar que su poesía no se ampara en las sombras de la petulancia ni en la liviandad del mercantilismo, que es poesía que nace del alma, que es poesía sincera, que simplemente es poesía, y que lo es porque está escrita con la sencillez, que solo quien entiende el mundo, puede proponer a sus lectores.

Es esa una de las virtudes que el poeta contemporáneo no suele poseer, y es precisamente por eso que no eludí el compromiso agradable de escribir estas páginas. Se dará cuenta el lector que mis palabras –tal como debe ser– acabarán siendo olvidadas en cuanto el punto final dé pie al primer poema. De eso se trata la poesía, en cierto modo: de hacer olvidar. Y este texto de Alberto Redondo Salas hace olvidar el confinamiento que bien merecido nos tenemos después de tantos abusos, y hace olvidar la tristeza de la distancia y el dolor de la soledad. Pero también la poesía se trata de rescatar cosas de manera sentida: rescatar sabores, olores, imágenes. Y aunque todos los hombres somos capaces de encontrar poesía en algo tan cotidiano como una puesta de sol, son pocos los individuos que pueden inmortalizarla en una pintura, en una canción o en un poema.

Pues bien, en este libro tenemos, no uno, sino sesenta poemas para burlar nuestros pesares y celebrar el amor. Estoy seguro que cada lector encontrará en los versos subsiguientes un poco de sí mismo, quizá un recuerdo

nostálgico, tal vez un deseo vigente, una añoranza hecha ovillos en el corazón. Resulta que la gran virtud de este conjunto de poemas es su capacidad de conectar con varias generaciones a la vez y de, sin embargo, no parecer pertenecer a ninguna en particular. A pesar de que el contexto está claramente definido a partir del título, *Atardeceres que el confinamiento no desvaneció* no es solamente una semblanza de los tiempos aciagos que atravesamos durante el 2020, sino que constituye un testimonio que trasciende lo coyuntural. El aislamiento es una mera excusa. El eje transversal de la poesía de Redondo es, además del amor, la soledad.

La mayoría de los seres humanos nos hemos sentido solos en algún momento de nuestras vidas, y los que no –alerta de *spoiler*–, seguro que se sentirán así un día. De modo que los temas de este libro no solo constituyen una apuesta de actualidad, sino que también son un saludo confiado a la perdurabilidad. Como siempre, será el tiempo quien dicte sentencia al respecto.

Mientras tanto, damas y caballeros, a vuelta de página les espera un poema casi con forma de mujer (¡las maravillas de la diagramación!), un microrrelato y muchos otros poemas más, de contornos diversos, alumbrados todos por el relámpago aleccionador de la esperanza.

¡A disfrutar, amigos, que ya bastante se ha sufrido y nos merecemos siquiera un poco la piedad de la poesía!

Iván Darío Fontalvo

PREFACIO

¡Dios mío, cuán vacías y melancólicas están las calles!... no hay botes en el río y el pasto crece descuidado. (Samuel Pepys)

Hace algún tiempo leí que la peste bubónica de 1606 detuvo la vida en Europa y obligó a millones de personas a vivir en aislamiento durante varios meses, y fue en ese lapso que William Shakespeare escribió algunas de sus más célebres obras de teatro, como “Macbeth”, “Anthony and Cleopatra” y “King Lear”.

Asimismo, también encontré que años después, en 1665, la peste bubónica arreciaba de nuevo, en lo que occidente denominó la “Gran Plaga de Londres” y que previamente había devastado ciudades como Sevilla, Milán y gran parte de Europa, lo que obligó al cierre del Trinity Colledge, una de las instituciones que conforman la Universidad de Cambridge en Inglaterra. Esto ocasionó que el estudiante Isaac Newton se refugiara en su residencia familiar en Woolsthorpe, a unos cien de kilómetros de Londres. Con apenas 23 años, aprovechó este tiempo para desarrollar sus más importantes descubrimientos relacionados con el cálculo, y esbozó significativas innovaciones en materia de óptica, gravedad y movimiento, que muchos expertos consideran las precursoras de la célebre teoría de la gravedad.

Es interesante cómo los eventos que obligan a las personas al confinamiento pueden propiciar ambientes de

investigación y creación ideales. Siglo tras siglo, pandemia tras pandemia, la sociedad emerge de la zozobra igual de testaruda, pero algunos individuos tienen la posibilidad de salir al mundo, en cambio, con algo nuevo que proponer. Esta pandemia de covid-19 no constituye una excepción. Durante los días de aislamiento vimos a músicos produciendo melodías desde casa, a científicos trabajando más arduamente que nunca en sus laboratorios, a artistas plásticos dejando su huella gráfica entre las sombras de sus estudios y a escritores poniendo el alma en sus textos. Felizmente, pertenezco a este último grupo, y del confinamiento salí con un manuscrito de poemas que ahora ve la luz al público.

No podrán equipararse a las gestas monumentales de Shakespeare y Newton, pero constituyen una evidencia de que también en medio de la dificultad, puede el hombre convocar la poesía. Resultaron ser, ante todo, una terapia afortunada que me permitió sobrellevar la incomodidad del encierro de la mejor manera posible. En las siguientes páginas encontrará usted, amigo(a) lector(a), atisbos de melancolía y nostalgia, pero estoy seguro que encontrará también una balsa que lo regrese a la orilla de la esperanza y de la alegría. Espero de corazón que la lectura de estos poemas lo invite a sentarse frente al balcón de la vida, que se asome al universo de la belleza y que encuentre la fe en algún sitio, fe en que habrá un mañana poblado de personas un poco más humanas.

Alberto Redondo Salas

POEMAS QUE EL
CONFINAMIENTO NO
DESVANECIÓ

1 - CASI CON FORMA DE MUJER

El incesante
y casi melódico
tic, tac lontano
me recuerda
que los minutos
las horas y los días
se siguen estrellando
contra la pared
y mientras tanto
el desasosiego
me encadena
me coloniza
me esclaviza.
Sólo me queda
el consuelo egoísta
de buscar en las redes
aquella tenue fotografía
mirar tu mano asustada
que escasamente oculta
esas sonrisas traviesas
y al fondo un ocaso
que trae al ahora
los atardeceres
que la aflicción
del aislamiento
y el insomnio
no pudieron
desvanecer.

2- COINCIDENCIAS

Quizá fue la simple coincidencia
de que miradas desprevenidas
hubiesen vulnerado
la solemnidad de un balcón.

Tal vez fue la sencilla coincidencia
de encontrarnos en remembranzas
de bemoles nostálgicos
y canciones lejanas.

Acaso fue la milagrosa diosidencia
de encajar en soledades
de alinear fantasías
y aceptar realidades.

Quizá fue la sosegada coincidencia
de desprenderse de tierra firme
de naufragar en una hamaca
y perderse en el mar.

Tal vez fue la maravillosa coincidencia
de desvestir las caricias
de sintonizar los roces
y entregar ese anhelado suspiro.